

el comercio de la populosa capital azteca. Los amplios palacios, los espaciosos edificios, las casas de recreo de los emperadores ostentando bellísimos jardines, estanques, baños y pajareras, todo habia desaparecido: no quedaba de ellos sino un monton de ruinas ennegrecidas por las llamas que los habian devorado. Los canales, por donde vió cruzar las ligeras canoas cubiertas de verdura, de semillas y de flores, se encontraban cegados con los escombros de las casas derruidas por las *coas* de los aliados. Todo lo que constituyó la belleza de la corte de los reyes mejicanos, habia concluido. Siete octavas partes de la ciudad estaban reducidas á escombros: era una llanura cubierta de ruinas, asolada por el fuego y la barreta. De estas siete partes devastadas eran dueños los sitiadores. La otra octava parte, que venia á formar el distrito de Tlatelolco, era el único terreno que les quedaba á los sitiados. Allí se encontraba literalmente apiñada la numerosa poblacion azteca, hambrienta y enfermiza por las necesidades sufridas en el prolongado asedio; sin habitaciones donde guarecerse de las abundantes lluvias; sin techos donde cubrirse de los abrasadores rayos del sol, y sin espacio, por decirlo así, para poder moverse.

Era el punto que menos recursos presentaba para los sitiados. No habia mas que miserables casuchas, situadas entre el agua, convertida cada una en un hospital donde estaban aglomerados los enfermos y los moribundos. Afligidas madres, extenuadas de hambre y sin fuerzas para continuar buscando algunas yerbas ó raíces que difícilmente se encontraban ya en la orilla de los canales, morian estrechando en sus brazos al tierno niño que llevaban en ellos y

que espiraba á poco al lado de la desventurada que le dió el sér. La peste, consecuencia funesta de la miseria de un prolongado sitio en que falta el agua y el sustento, se cebaba en aquella muchedumbre hacinada en un corto espacio, rivalizando con el hambre en hacer víctimas. Las calles, las plazas, las acequias, las estrechas habitaciones, se encontraban amontonadas de muertos, sobre los cuales pasaban los escuálidos habitantes, cayendo muchos de ellos expirantes sobre los cuerpos corruptos que alfombraban el estrecho circuito en que los sitiadores tenian encerrados á sus valientes contrarios. La atmósfera se hallaba impregnada de efluvios malignos que exhalaban las aguas corrompidas por los cadáveres, haciendo aspirar un aire mefítico y letal. «No habia», dice el conquistador, «por las calles en que estaban los mejicanos, mas que montones de muertos, y no habia persona que acertase á poner el pié sino sobre cadáveres» (1). No es menos terrible la pintura que hace el sincero soldado historiador, del número de víctimas que el hambre, la peste y la guerra habian acumulado en el estrecho circuito á que se veian reducidos los sitiados. «Juro amen», dice, «que toda la laguna y casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba.» Mas de cincuenta mil personas habian perecido víctimas de la salobre agua que bebian, de los malos alimentos, del

(1) «Y así por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no habia persona que en otra cosa pudiese poner los piés.»
—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

hambre y de la atmósfera corrompida que respiraban» (1).

La permanencia de los cadáveres sin darles sepultura, manifestaba que se hallaban reducidos al último extremo los aztecas. Estaba considerado como uno de los deberes mas sagrados de su religion enterrar á los finados, y este deber lo llenaron escrupulosamente, hasta muchos dias despues del nuevo plan puesto en planta por el general español. Mas tarde, cuando todos los combates fueron desgraciados para los sitiados, procuraron ocultar los muertos de la vista del público, llevándolos á determinadas casas; hasta que, por último, siendo su número considerable, y faltando edificios donde depositarlos, se vieron precisados á dejarlos en las calles, aunque alejándolos de aquellas en que pudiesen ser vistos por los sitiadores.

Conmovido Hernan Cortés de ver á un pueblo numeroso, reducido á la estrechez de un pequeño circuito y sufriendo los rigores del hambre y de la peste, dispuso que cesasen por entonces las hostilidades, y resolvió tocar de nuevo los medios de una capitulacion con que terminasen los horrores de la guerra. «Quería, como él dice, evitar la muerte de millares de inocentes séres, de cuya suerte se compadecía, y para conseguirlo, buscaba un partido que pusiese término al mal» (2).

(1) «Segun pareció, del agua salada que bebían, y de la hambre y mal olor, habia dado tanta mortandad en ellos, que murieron mas de cincuenta mil ánimas.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Acordé de los dejar de combatir por algun dia, y movellos algun partido por donde no pereziese tanta multitud de gente; que cierto me ponía en

Pero todos los esfuerzos del caudillo español fueron inútiles para llegar á un acuerdo de paz. Los mejicanos habian tomado la irrevocable y heróica resolucion de luchar hasta morir, y ni el hambre, ni la peste, ni el verse rodeados por todas partes de enemigos, pudieron hacer desmayar su espíritu levantado y patriótico. Al dirigir el general castellano la palabra á algunos jefes aztecas que estaban próximos, proponiéndoles un avenimiento, contestaron con estas notables palabras, dignas de los héroes: «Jamás cederemos á vuestras pretensiones; y cuando solo quede de los mejicanos un solo guerrero, ese morirá combatiendo sin ceder jamás de su derecho» (1).

Viendo Hernan Cortés que aun era preciso seguir combatiendo, y que la pólvora que habia era ya poca, aceptó la idea que le sugirió un soldado llamado Sotelo, que habia hecho la guerra en Italia. El soldado ofreció construir una catapulta, con la cual, arrojando enormes piedras sobre los edificios, supliria á los cañones. Estas máquinas se usaban en las guerras de aquella época, y Sotelo las habia visto funcionar en las campañas de Italia. La obra se habia puesto en planta hacia algunos dias, aunque el general español, segun él asegura, no creyó que habia en el soldado ingeniero el saber necesario para construirla (2). Llevadas las piezas de la catapulta

mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacia.»—Tercera carta de Cortés

(1) «Y ellos decían que nunca se habían de dar, y que uno solo que quedase habia de morir peleando.»—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

(2) «Y aunque yo tuve pensamiento que no habíamos de salir con esta obra, consentí que la siguiesen.»—Tercera carta de Cortés.

á la plaza de Ttatelolco, se dió principio á armarla sobre la plataforma de un teatrillo azteca que se hallaba en medio del mercado. Era este teatro de cal y piedra, de figura cuadrada, de cinco varas de altura y de treinta pasos en cuadro. En esta plataforma ó teatro, solian dar sus funciones los saltimbanquis, siendo los espectadores todos los que se hallaban en el mercado y los que se colocaban en las azoteas de los portales, pues de todas partes se veia perfectamente á los actores colocados á la altura referida. Tres dias se emplearon en colocar el aparato sobre la sólida plataforma, sin que en todo ese tiempo se hubiera hostilizado en lo mas mínimo á los sitiados. Pero si no hubo asaltos ni batallas, en cambio se verificaron algunos combates personales que revelaban el espíritu guerrero que animaba á sitiados y sitiadores.

El mas notable de los combates personales efectuados en uno de esos tres dias, fué el sostenido entre un valiente capitán mejicano y un paje de Hernán Cortés. Presentóse el atlético azteca en punto intermedio de los dos ejércitos, armado de espada y rodela de las quitadas á los prisioneros españoles que sacrificaron. Blandiendo el arma cortadora y dirigiendo la palabra hácia los oficiales que estaban con el general español, retaba á que saliese á batirse con él, en singular batalla, al mas valiente de los castellanos. Un paje de Hernán Cortés, llamado Juan Nuñez de Mercado, jóven de diez y siete años, pero valiente y diestro en el manejo de las armas, pidió licencia al general para combatir con él. Obtenida la licencia, tomó su espada y rodela, y separándose de sus compatriotas, se adelantó hácia el arrogante guerrero azteca que le esperaba.

Las tropas sitiadoras y sitiadas fijaron la vista con interés en los dos combatientes. En cuanto se colocaron los dos al alcance de sus armas, el vigoroso capitán mejicano descargó un furibundo golpe sobre su contrario, con que esperó dividirle; pero el jóven paje, diestro en la esgrima, paró con facilidad la tremenda cuchillada, y dirigió á su vez una á fondo á su antagonista que, á no haber dado un salto hácia atrás para librarse de ella, le hubiera atravesado el corazón. La lucha siguió, aspirando cada uno de los combatientes á la gloria del triunfo. El jóven paje, después de simular algunos golpes para ver si acudía su contrario á las paradas, fintó una estocada en alto, y al levantar el capitán azteca la rodela para pararla, Juan Nuñez de Mercado le dió la estocada en el pecho. El guerrero mejicano lanzó un ¡ay! espantoso, y cayó muerto á los piés del valiente jóven. Contento el paje del triunfo, se apoderó de la rodela y espada de su vencido antagonista y se dirigió á donde le esperaban contentos sus compatriotas. Al llegar á donde estaba Hernán Cortés, le presentó las armas quitadas á su contrario, y el general, pagado de su temprano valor, le abrazó, celebrando su hazaña, y le ciñó la espada que habia ganado, confirmándole así en la opinion de valiente. Los camaradas le estrecharon la mano con efusion de cariño, y los mismos aztecas quedaron sorprendidos de la destreza y valentía del jóven.

Varios desafíos se verificaron tambien durante esos tres dias de suspension de hostilidades entre los guerreros aliados y los aztecas, con variado éxito.

Los mejicanos, entretanto, veian construir la máquina con temor, no dudando que los estragos que causase se-

rian terribles, como les aseguraban los aliados, amenazándoles una muerte segura. Terminado el aparato, se dispuso hacer la prueba para ver si los resultados correspondían al objeto á que se le destinaba. Se colocó una enorme piedra sobre el madero que debía arrojarla sobre los edificios fronteros, haciendo estragos donde cayese. Los mejicanos que ocupaban las azoteas de las casas hacia donde la máquina miraba, se pasaron á las de los costados, y esperaron con sobresalto el temible disparo. Puesta la máquina en movimiento, la enorme piedra fué despedida por la catapulta con fuerza extraordinaria; pero en vez de marchar en direccion á los edificios que se hallaban enfrente, se elevó perpendicularmente en el aire, cayendo con horrible estruendo al pié de la misma máquina. Aunque los aztecas no podían saber si el objeto de los españoles, al probar el aparato, fué arrojar horizontal ó perpendicularmente la piedra, se alegraron de que no hubiese marchado en direccion á ellos, y Hernán Cortés quedó mortificado de haber dado crédito á las palabras de un soldado sin conocimientos y sin instruccion.

Visto el mal resultado de la catapulta, el caudillo español se propuso continuar los ataques al siguiente día.

Habia creído que durante los tres días que transcurrieron en disponer el aparato, los mejicanos hubieran dado algun paso hacia la paz. ¡Vana esperanza! Solamente las armas podían resolver la cuestion pendiente.

Uno y otro campo se dispusieron á esgrimirlas.

CAPÍTULO XXX

Hambre horrible de los sitiados.—Se manifiesta que las madres no se comían á sus hijos, como algunos han dicho.—Notables padecimientos de los mejicanos.—Propone la paz Cortés, pero no se le quiere escuchar.—Da un ataque donde mueren muchos mejicanos.—Vuelve Cortés á solicitar un arreglo de paz.—Cortés ordena á los aliados que no hagan daño á los mejicanos.—Envía á un noble prisionero con proposiciones de paz.—No son admitidas.—Por no destruir la ciudad, invita nuevamente Cortés á Guatemotzin á un arreglo.—Guatemotzin, por ganar tiempo, ofrece asistir á una entrevista con Cortés, pero no acude.—Sangrienta accion y horrible mortandad entre los mejicanos.—Estrecho lugar á que quedan reducidos los sitiados.—Invita de nuevo Cortés á la paz.—Guatemotzin se niega á todo convenio.—Ultimo asalto.—Prision de Guatemotzin y punto en que cayó prisionero.—Le presentan á Cortés, que le recibe con afabilidad.—Notables frases que Guatemotzin dirige á Cortés.—Toma de la capital.—Número de muertos de los sitiados.—Se lleva á Guatemotzin á Coyohuacan.—Salen los mejicanos de la ciudad.—Manda Cortés que se entierren los muertos y que se limpie la arruinada ciudad.—Se sitúa él con sus tropas en Coyohuacan.—Despide á las tropas aliadas, llevando éstas un rico botin.—Reflexiones sobre la conquista de Méjico.

Reducidos al extremo á que se hallaban los sitiados, hubiera bastado á los sitiadores permanecer en sus puestos para apoderarse de la parte de la ciudad que les faltaba. El hambre y la peste, que habían establecido su destructor imperio en el campo azteca, eran auxiliares invencibles que parecían haberse propuesto acabar con los últimos res-